EL HERALDO

N°23 SEPTIEMBRE 2025

TERTULIA POÉTICA

MISTERIO EN LA LUNA

Mujeres: artifices de la literatura

CURIOSIDADES SOBRE LA MAGIA

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 4
Habia una vez..... 7
Reseña literaria..... 28
Tertulia poética 30
Mujeres artifices de la escritura 36
Misterio en la luna 39

CARTA DEL EDITOR

Por: Ariel Sosa Mansilla

La magia, en su acepción más amplia, representa el arte de provocar asombro y curiosidad. Desde tiempos inmemoriales, el ser humano ha estado fascinado por lo inexplicable, lo oculto y lo misterioso. La magia no solo se manifiesta en trucos e ilusiones, sino que también se articula como una fuerza simbólica, cultural y psicológica que nos invita a cuestionar nuestra comprensión de la realidad.

La magia, en su forma más básica, puede ser entendida como un conjunto de prácticas que desafían las leyes de la naturaleza. Desde los encantamientos de las antiguas civilizaciones hasta las modernas presentaciones de ilusionismo, la magia ha servido como un puente entre lo tangible y lo etéreo. Este aspecto del fenómeno mágico invita a la reflexión sobre la percepción humana: ¿por qué sentimos una necesidad innata de creer en lo extraordinario? La respuesta a esta pregunta puede encontrarse en nuestra propia experiencia de vida. En un mundo donde lo cotidiano a menudo se siente monótono, la magia se erige como un recordatorio de que existen fuerzas invisibles que pueden alterar nuestra realidad.

En el plano cultural, la magia ha jugado un papel fundamental en diversas tradiciones y mitologías. En muchas culturas, las prácticas mágicas están intrínsecamente ligadas a creencias espirituales y religiosas. Los chamanes, los brujos y las figuras místicas han servido como intermediarios entre el mundo de los vivos y el más allá, utilizando rituales y conjuros para sanar, proteger o guiar a sus comunidades. Estos relatos nos llevan a reflexionar sobre el poder de la creencia y el deseo humano de encontrar significado en lo desconocido. La magia, por lo tanto, no es simplemente una serie de trucos, sino una manifestación de nuestra lucha por comprender lo incomprensible.

Psicológicamente, la magia ofrece una vía de escape. Nos permite adentrarnos en un espacio donde las fronteras de la lógica se desdibujan. A través de la magia, revivimos la curiosidad infantil, ese asombro que experimentamos al descubrir la belleza del mundo. En este sentido, las ilusiones y los trucos de magia no solo arrojan luz sobre la manipulación de la atención y la percepción, sino que también nos ofrecen un refugio temporal de preocupaciones, una pausa de la rigidez de la vida diaria.

CURIOSIDADES LITERARIAS

LA MAGIA EN LA LITERATURA

por Michel Pérez Pino

La magia, tan vilipendiada como atrayente, constituye un caldo de cultivo perfecto para que sea explotada hasta la saciedad en la literatura. Ahora, ¿qué garantías existen de que lo mágico va a servir como elemento motivador para los lectores? No hacen falta demasiados argumentos, puesto que la magia ha triunfado a través de los siglos en todos los universos de la cultura: la literatura, la pintura, el cine, la televisión, los videojuegos, los cómics y las revistas dirigidas al público que ama esta temática.

Para comenzar, debemos delimitar los conceptos "mago(a)", "brujo(a)" y "hechicero(a)". En el Diccionario María Moliner podemos encontrar la siguiente acepción de "mago-a": "Persona que realiza operaciones de magia (…) En particular, personaje fantástico de los cuentos de hadas que realiza transformaciones y hechos maravillosos (…)".

De "brujo-a": "Persona a la que se atribuyen poderes mágicos, generalmente malignos y debidos a un pacto con el diablo (…) Hombre supuestamente dotado de poderes sobrenaturales en ciertas culturas. Mujer vieja, desastrada o de aspecto repugnante. Mujer de muy mal carácter o maligna (…)".

Al buscar "hechicero-a" nos encontramos con lo siguiente: "Persona que pretende conocer el futuro y las cosas que están fuera del alcance de los sentidos o la inteligencia y ejercer un poder sobrenatural, generalmente maléfico, sobre cosas o personas valiéndose de palabras, signos y objetos extraños (…) En los cuentos, brujo (…)".

Como podemos observar, los límites no están del todo claros y en determinados personajes encontraremos cualidades que permitan definirlos de cualquiera de las tres formas.

De todas las manifestaciones aquí abordadas, la que más personajes negativos ha llevado a cuestas es la brujería. No porque no sea una actividad mágica como las demás, sino porque la brujería ni se hace ni se practica; la brujería ocurre o, más precisamente, se padece.

Las brujas lo son o por haber realizado un pacto diabólico, o su capacidad se debe a poderes congénitos que derivan de su propia maldad y le permiten actuar a distancia solo con desearle daño a alguien o, incluso, simplemente como proyección de su intrínseca malignidad. Se producen así el "mal de ojo" y otros maleficios. Sin embargo, esta bruja también puede actuar

por contacto directo, pues es unos chupasangres, especialmente de niños, para lo cual se transforma en un ave nocturna que entra y sale de las casas por los agujeros, sobre todo por el hueco de la chimenea, o vuela sobre su escoba.

Cómo no recordar los personajes sobrenaturales presentes en los tradicionales cuentos de hadas (Blancanieves, La Bella Durmiente, Hansel y Gretel, Rapunzel…), hasta otros menos adaptados por las grandes corporaciones cinematográficas, como La última bruja de Guizarrián, de Blanca Álvarez; Cosas de brujas…, de Mercè Aranega; Mi vecina es una bruja, de Paloma Bordons; Oposiciones a bruja y otros cuentos, de José Antonio del Cañizo; La bruja de la montaña, de Gloria Cecilia Díaz; Matilde y las brujas, de Juan Farias Huanqui; Por fin la verdad sobre hadas y brujas, de Beatriz Ferro; Cuentos mágicos de brujas, de Carmen Gil; Amalia, Amelia y Emilia, de Alfredo Gómez Cerdá; La bruja y el maestro, de Mariasun Landa.

Frente a la brujería, que es ante todo un fenómeno de representación, la hechicería lo es de actuación, como revela el étimo mismo de hechizo, el latín factīcĭus, que significa "artificial, producto del arte y no de la naturaleza". Así, frente a la bruja, que es pura malignidad, la hechicera(o) puede actuar (mágicamente o no) de forma benéfica o maléfica.

La hechicería es, como forma de magia, prototípica, y sus recursos apelan, además del conocimiento práctico de la acción de determinados elementos curativos, a principios como: el de simpatía, el de antipatía y el de contigüidad. Ahora bien, al carecer de textos coetáneos sobre la hechicería que no se limiten a condenarla, es imposible saber si sus cultivadoras concebían las virtudes de sus hechizos en términos de cualidades o fuerzas ocultas, o más bien en virtud de un sistema de correspondencias o empatías cósmicas, o de otro modo. De todas formas, dado el carácter eminentemente empírico de los conocimientos hechiceriles, lo más normal sería que sus practicantes no se planteasen en absoluto esta clase de cuestiones, sino únicamente si sus remedios y encantamientos resultaban eficaces o, al menos, parecían serlo.

Solo hemos de pensar en Merlín de La corte del Rey Arturo; Las crónicas de Narnia, de C. S. Lewis; El Señor de los Anillos, de J. R. R. Tolkien; Harry Potter, de J. K. Rowling; Memorias de Idhún, de Laura Gallego; La rueda del tiempo, de James Oliver Rigney; Libro del caballero Zifar, anónimo; El conde Lucanor, de Don Juan Manuel; El Corbacho, del Arcipreste de Talavera; El libro de buen amor, del Arcipreste de Hita; y algún poema concreto

del Romancero, en lo que a la Edad Media se refiere. La Celestina, de Fernando de Rojas (y la mayor parte de sus continuaciones); Amadís de Gaula, de Garci Ordóñez de Montalvo; La lozana andaluza, de Francisco Delicado; El Crotalón, atribuido a Cristóbal de Villalón; Jardín de flores curiosas, de Antonio de Torquemada; Los siete infantes de Lara, de Juan de la Cueva; El trato de Argel, de Miguel de Cervantes…

La lista se haría interminable, por lo que podemos terminar diciendo que la magia ha sido, es y será omnipresente en la literatura. Por tanto, saquemos la varita del bolsillo y gritemos: "¡Abracadabra!"

Que la magia sea para con ustedes.

No obstante, la magia también conlleva una responsabilidad. En la actualidad, el uso de ciertos elementos mágicos puede causar confusión o incluso temor. La proliferación de comunicaciones digitales y la manipulación de la información han dado lugar a formas modernas de "magia" que, aunque no son mágicas en el sentido tradicional, tienen un impacto profundo en la sociedad. Esto nos plantea un dilema: al igual que los antiguos hechiceros, los modernos comunicadores deben ser conscientes de cómo sus palabras y acciones pueden influir en la percepción colectiva.

HABIA UNA VEZ

MANOS MILAGROSAS

por: Yari Morales

Dicen que en un lugar de México había una cirujana psíquica a la que se le atribuían curaciones milagrosas. La gente aseguraba que podía sanar órganos enfermos y también poner otros nuevos, sin dejar una sola herida. Sus únicos instrumentos eran su mente y su deseo de ayudar.

Muchos la consideraban una chamana, mientras que otros aseguraban que era una bruja de magia oscura. Sin embargo, los que habían sido sanados la consideraban una santa. Algunos escépticos viajaban hasta su humilde casa de madera y salían sin palabras.

El profesor Juan, un investigador en neurociencias, llegó un día a verla. Había escuchado rumores de sus curaciones y quería descubrir la verdad detrás de aquellos supuestos milagros o simplemente desenmascararla. Al llegar, se encontró con cientos de personas que hacían largas filas para ser atendidas por la mujer.

Rosita, al verlo llegar, salió a su encuentro:

—Adelante, te estaba esperando.

Él se sorprendió. No conocía a Rosita, tampoco le había dicho de sus intenciones de hacer una investigación sobre su trabajo. Y, sin embargo, ella lo esperaba.

—Soy Juan Martínez, profesor universitario. He venido…

Rosita lo interrumpió:

—Sé a qué viene. Los espíritus me lo han dicho y lo estábamos esperando. Sabemos de sus investigaciones sobre la conciencia y la mente humana.

—¿Sabemos? —Juan miraba la casa. Rosita vivía sola. ¿Quiénes eran las otras personas a las que ella se refería? ¿Acaso los espíritus eran reales y, en efecto, lo estaban esperando?

—Mis ancestros piden que lo invite a quedarse. Tienen mucho interés en ayudar con su investigación.

—¿Mi investigación? ¿Quién habló con usted sobre mí? ¿Acaso la llamaron de la universidad?

—Sr. Martínez, para los espíritus no hay secretos.

Con algo de escepticismo y un poco de miedo, Juan decidió quedarse con Rosita. ¿Cómo una persona a la que acababa de conocer le ofrecía quedarse en su casa? La señora se veía una

buena persona, incapaz de hacerle daño. Por otro lado, no estaba solo, su ayudante Jesús también estaría con él. Quedarse con ella era una oportunidad única si quería desenmascararla o descubrir la magia de sus manos milagrosas.

Con el tiempo descubrió que Rosita no era una impostora: sus curaciones eran reales. Los trasplantes y todo lo que hacía eran verídicos. Cuando entraba en trance, su voz cambiaba y hablaba el espíritu de un indio que decía ser quien curaba a través de ella.

Rosita fue solo una niña azteca. Nunca conoció a sus padres. Su abuela la cuidó hasta los siete años, pero después quedó huérfana. Entonces, un amigo de sus padres, don Luis, un hombre de raíces africanas, la cuidó como si fuera su hija.

Él le enseñó el poder curativo de las plantas, a meditar y a conocer secretos que pocos se atreven a aprender. Rosita escuchaba con atención, porque siempre le gustaba pasar tiempo con los mayores. Leer la naturaleza, curar pequeñas dolencias y hasta anunciar cosas que iban a suceder se volvieron sus habilidades más poderosas. Pero también tenía el don de adivinar los pensamientos.

Eso último la hizo sufrir mucho, pues las niñas de su edad la rechazaban siempre. Le tenían miedo, ya que lo que decía se cumplía.

—Padre, ¿por qué no me quieren? No soy mala —le preguntó una vez.

—Porque eres distinta —le respondió don Luis—. Tienes un don que no entienden. Pero un día todos te necesitarán. Serás de mucha ayuda para los enfermos.

Así fue. Tras la muerte de don Luis, Rosita se quedó sola, pero se dedicó a la tierra y a las plantas medicinales. Sanaba a quien la buscaba, sin importar si era rico o pobre. La gente empezó a comentar los milagros que hacía en sus operaciones psíquicas. Operaba con la mente, con las plantas, con palabras de ella… y de él.

El profesor Juan presenció durante dos años la mayoría de sus intervenciones, observando y documentando todo. Vio cómo su voz cambiaba en cada intervención, cómo aparecía sangre sin cortes en la piel, cómo los órganos que extraía coincidían con los de los enfermos cuando los analizaba en el laboratorio.

Cada día Juan se sorprendía más. Los milagros que presenciaba, al estudiar sus habilidades desde un enfoque científico, integrando la física cuántica y el chamanismo, lo hicieron confirmar sus planteamientos iniciales: la mente es más poderosa de lo que creemos. El universo es mental y lo que piensas se manifiesta, pero también existe una matrix que conecta

todas las energías universales. Esto lo tenía muy claro Rosita, pero la gente normal no… y tampoco estaba preparada para la verdad.

Un día, cuando ya estaba listo para publicar sus investigaciones, el profesor desapareció. Nadie supo más de él. Su familia solo decía que había salido de viaje, pero no supieron más. Las autoridades tampoco. Los papeles y los libros que había escrito desaparecieron junto a él.

Unos dicen que lo secuestraron porque el gobierno no quería que se supiera el contenido de su investigación. Esto era peligroso para la alta élite mundial, según decían. La gente tendría libertad, no necesitaría medicamentos para sus condiciones de salud…

Otros, dejeron que solo que huyó. Pero en el pueblo muchos creían otra cosa: que Rosita y su espíritu lo llamaron y él nunca regresó.

Rosita continuó curando, operando sin bisturí. La gente seguía yendo a su casa en busca de la ayuda, de sus manos milagrosas...

NADA ES LO QUE PARECE

por: Anniabel Martínez Gómez

—Harry… Harry… Harry…

Una voz, como un susurro que arrastra el viento, había despertado a Potter. Un llamado con tono de mujer silbaba en sus oídos. Se levantó dispuesto a encontrar la fuente de aquel sonido; aquella instancia le era irresistiblemente atrayente, una especie de citado mágico al cual le sería imposible resistirse.

—¿A dónde vas a estas horas? —preguntó su amigo Weasley.

—Es un llamado, creo que viene en aquella dirección —y señaló al sur, al área de las casas embrujadas.

—Es peligroso, esa zona está plagada de criaturas engañosas, puede ser una trampa de Lord Voldemort o quizás alguna broma pesada de Halloween.

Pero Potter no lo oía, sus sentidos estaban nublados por aquel murmullo que solo él podía percibir. Weasley despertó a Hermione; ante el empecinamiento de Potter no les quedaría otro remedio que acompañarlo.

—¡Espera, vamos contigo!

Montados en un Aethonan llegaron a un caserón abandonado, como todos los de la zona. Casas embrujadas, llenas de trampas y delirios.

—Sal de ese lugar, he oído esa voz antes, no sé en dónde, espérenme aquí —ordenó a los amigos, quienes estaban decididos a no dejarlo solo en ningún momento.

Era de madrugada y el relampaguear de las nubes anunciaba tormenta. El caserón estaba rodeado de raíces que cubrían las paredes hasta la cima. En la cúspide, los buitres arremolinaban y chillaban, dándole un aspecto aterrador al panorama.

De nada sirvieron las palabras de Hermione y Weasley para que abandonara aquella descabellada idea; se podía percibir que se trataba de una trampa, un hechizo con el fin de atrapar a Potter.

Al entrar Potter por la agrietada puerta, esta se cerró dejando fuera a sus amigos y se selló con una especie de hilo luminoso. Una habitación oscura, iluminada a veces por los relámpagos, dio la bienvenida. Apareció entonces en el centro una imagen brillante con una

cuna donde se podían ver los piecitos de un niño, agitándolos, provocando que la cuna se balanceara. Al lado, un hombre y una mujer miraban al bebé con ternura.

Harry miraba la escena desde la oscuridad; aquella imagen le resultaba familiar.

—Ven, pequeño. ¿Qué pasa, mi pequeñito Potter? —dijo la madre y lo cargó con cariño, mientras el padre le acariciaba la mejilla al bebé.

—¡Mamá, papá! —dijo Potter desde cierta distancia y con la voz entrecortada.

Las imágenes, que parecían proyectadas como quien está viendo una película, lo miraron. Un relámpago dejó ver a Potter por unos segundos. Entonces se desvanecieron, dejando una risa estrepitosa que hacía doler los oídos: insoportable, espantosa. Finalmente cesó.

—Hola, Potter, te estaba esperando —dijo una mujer desde una parte oscura de la habitación—. Ven, acércate, te quiero contar un secreto.

—¡Aléjate! —dijo Potter—. No quiero oír ningún secreto, es una trampa, nada es real.

—En eso tienes razón, Potter: nada es real. Lo que sabes hasta el momento de la muerte de tus padres no es real. Esto no es real, ni tú, ni yo.

—Entonces, ¿por qué debo creerte?

—No tienes que hacerlo, puede que ni tan siquiera lo recuerdes.

Todo estaba siendo demasiado manipulado, engañoso. Potter estaba acostumbrado a esas maniobras de algún ser. Una túnica negra salió de la penumbra.

—¡Aléjate, eres un Dementor! —gritó Potter, sacando su varita mágica.

Una Araña Capullo se abalanzó sobre él y lo envolvió en menos de treinta segundos. Lo suspendió del techo y lo dejó colgando con la cabeza hacia abajo. Los espejuelos cayeron al piso y la varita mágica quedó tirada en un rincón debido a la estampida de aquella criatura que lo tomó totalmente por sorpresa.

—Discúlpame, Potter, no era mi intención, pero no me dejaste opción —dijo la figura debajo de la túnica—. Solo quiero que me escuches antes de que despiertes —se acercó entonces a su oído y susurró—: Tus padres no están muertos, te han engañado todo este tiempo. Recuerda: nada es lo que parece.

La imagen comenzó a alejarse caminando de espaldas y repitiendo: “Nada es lo que parece”. Cayó Potter al piso, envuelto, inmóvil, forcejeando para salir de aquel capullo, pero los esfuerzos eran en vano. Entonces todo comenzó a girar y surgió un numeroso grupo de arañas, mirándolo con sus ojos redondos, negros.

—¡Despierta, Potter, es una pesadilla! ¡Despierta! —lo zarandeó Hermione, mientras todos lo miraban agitado y sudoroso sobre la cama.

EL PUENTE DE VALDOR

por: Michel Pérez Pino

–¡Guerra y muerte! Los hijos mimados de Uriont se apoderan del mundo como maldición perpetua. El Dios de las Sombras ha decidido revelarse contra la Casta de los Nueve y ha lanzado sus ejércitos de demontres sobre las tierras de Morabbia.

Las guerras entre los dioses siempre terminan afectando a los que vivimos sobre el polvo. ¿Y qué nos queda? Pues luchar, defendernos, actuar con sabiduría ante lo inesperado. Ahí están los elfos, los enanos, los gigantes… ¡Las hadas guerreras de Brandalir! Los hombres y sus reinos, que ahora combaten codo a codo cuando antes cruzaban espadas por cualquier motivo sin sentido, y por supuesto, nosotros… ¡Los tashmars! Que nuestra magia guerrera ilumine el camino de las fuerzas de la Alianza para que las Guerras Hieráticas lleguen a su final…

Así narraba Bloita Horat, el Tercer Mago del Concilio, a los nuevos kelarius que se habían sumado a las tropas comandadas por Olidurh de Bragott. Las llamas crepitaban en la hoguera del campamento, la noche era muy fría en la llanura de Annubar, pero nadie se había movido; escuchar hablar al kalich de los tashmars era un privilegio. Su sabiduría se remontaba al inicio de los tiempos, cuando leía las runas para el Consejo que rectoraba la magia en la Ciudad de Thajnnir.

Olidurh de Bragott y Kalivar Yagún miraban al grupo desde la entrada de su tienda.

–Jóvenes fuertes y con muchos deseos, Arconte –dijo Kalivar señalando al grupo.

–Cierto es, amigo mío, pero sería preferible que esos Iniciados estuvieran practicando dentro de los Siete Círculos y no contendiendo con demonios y alimañas. ¿Quién sabe cuántos morirán antes de que esta locura llegue a su final? Es muy temprano para ellos.

–Temprano debemos salir en la mañana si queremos llegar a Brandalir antes que las Huestes Sombrías –intervino Sorah el Rojo, que apareció por un costado de la tienda acompañado de Edagort Mordash.

–Estoy seguro de que con eso –dijo Kalivar señalando el cuerno de cerveza que portaba el enorme mago norteño– serás el último en despertar.

–¿Esto? –respondió el otro–. Esto solo alimenta mucho más mi kaddar. Que se cuiden los demontres de Uriont, porque serán muchas las cabezas que no volverán a estar sobre sus hombros.

Y de un sorbo bebió todo el contenido del recipiente llenándose de espuma su barba roja.

Los otros tres magos rieron ante la ocurrencia del Segundo Mago del Triunvirato. Edagort le hizo una seña a Kalivar y se alejaron hacia la colina.

–¿Crees que volverás a verla? –le preguntó en voz baja.

–No lo sé, Edagort, es casi un sueño imposible de realizar.

–Kalivar, nunca te había conocido por ser pesimista, amigo mío.

–Dhalarnia es la Reina de las hadas, Edagort, comandante de las sidelithas. Tiene demasiadas cosas en qué pensar para enamorarse de un tashmar recién juramentado.

–Cuando el propio Olidurh de Bragott te escogió a ti como su aprendiz, dentro de tantos kelarius que hollan el polvo de Morabbia, es porque vio algo más que un mago indeciso. No dejes escapar el amor, Kalivar Yagún.

–Ya veremos, amigo mío, ya veremos.

El ejército despertó mucho antes de que el sol levantara sus rayos. Avanzaron presurosos sobre la llanura hasta llegar a la Ciudad del Lago. Las tropas tomaron posiciones y los comandantes se reunieron en el Salón de las Clarabollas.

–La defensa del puente es vital. Es la única vía de acceso directo que tiene la ciudad –señaló Olidurh en el mapa a Dhalarnia–. No podemos permitir que penetren y destruyan el Oráculo del Lago de las Lágrimas.

–Permítame usted encargarme personalmente de su defensa, Arconte –solicitó Kalivar muy dispuesto.

–¿Estás seguro, Kalivar? –preguntó el líder de los tashmars.

–¡Sí, Maestro! Dejaré mi kaddar sobre las piedras si es preciso, pero los demontres de Uriont no llegarán a Brandalir.

–Bien, entonces solo nos resta esperar.

La noche sorprendió al joven mago sobre las murallas. Un zumbido a sus espaldas lo hizo volverse. Un hada le entregó una nota y Kalivar la siguió. Recorrió los largos pasillos extasiado. El hada le indicó una puerta de arabescos argentados y se marchó. Empujó la puerta despacio.

–Seas bienvenido, Kalivar Yagún. ¿Pensabas defender mi ciudad y arrojarte a los demontres sin despedirte?

–Mi señora… –respondió el joven mago temblando–. Soy un tashmar que ha enfrentado a los demonios y no les temo. Mi único temor es no llegar a ser digno de sus ojos.

–Bésame ahora, Kalivar, quizás mañana sea demasiado tarde.

El mago arropó al hada en sus corpulentos brazos, ella lo envolvió con sus alas y se amaron con intensidad. Antes de marcharse, Dhalarnia le obsequió al tashmar una espada.

–Esta hoja fue forjada para mi padre, Alendar, el legendario. Nunca fue nombrada. Que tu magia guerrera fluya a través de ella y te ayude a alcanzar tu cometido.

–Nunca me separaré de ella, lo juro por Uldur, el Primegio, rey de todos los dioses. La llamaré Neldar Lhar, que en el lenguaje de mi pueblo significa…

–Sé lo que significa, amor mío… ¡El renacer de la luz!

Los Cuernos de Oliffart llamaron a la batalla. Entre la niebla que se levantaba con el amanecer las Huestes Sombrías avanzaron sobre Brandalir. En barcazas tan negras como su alma rodeó la ciudad, sobre la que comenzaron a llover cientos de piedras desde las lanzaderas montadas sobre las naves.

Las flechas comenzaron a volar y arrancar vidas de uno y otro bando. Miles de demontres se arrojaron sobre el Puente de Valdor para forzar la entrada. Kalivar, junto a Sorah y Edagort, barría con filas enteras de enemigos. Sobre las colinas aledañas la sangre corría empapando la tierra.

Los enanos asestaban golpes demoledores con sus hachas, los elfos, en marcha uniforme, aplastaban mesnadas enteras de demonios. Los hombres hacían estragos guiados por sus mejores reyes y las sidelithas defendían su ciudad regando su sangre inmortal sobre las aguas.

Un Var´ak Golarc se adentró en el puente seguido por cientos de guerreros. Los generales del ejército oscuro eran conocidos por su poderío en la batalla. El mago cruzó estocadas una y otra vez hasta que su espada atravesó la garganta del demontre. El resto del ejército se paralizó; era el momento que esperaba el joven Yagún. Clavó su espada en el suelo y conjuró un poderoso hechizo guerrero que barrió con las huestes que se encontraban sobre el puente, y varios de los barcos que se acercaban se incendiaron con el fuego azul que brotó de sus manos.

Las fuerzas de la Alianza contraatacaron y los restos de las tropas del Segundo Nacido huyeron despavoridas en busca de la protección de su amo. El canto de victoria se dejó escuchar por sobre los cerros y las agu

LA PELADA DE LA CAÑADA

Por Ariel Sosa Mansilla

No veo la hora de hallar mi redención, harta de andar divagando por las calles, en oscuras o parcialmente alumbradas, desde hace ya unos ciento cincuenta años recorro las costas del arroyo de La Cañada. Nace en el espejo de agua La Lagunilla, al suroeste, cerca del Valle de Paravachasca. Las aguas de La Lagunilla proceden de las lluvias en los faldeos de la Sierra Chica cordobesa. Las aguas de La Cañada desembocan en la margen derecha del río Suquía.

Nadie sabe cómo llegué a mi condición actual de espectro. Recluida entre los recovecos de los edificios recorro el arroyo, tratando de asustar a algún transeúnte desprevenido o borracho, perdidos entre las brumas del vino o del fernet con coca. Me recordarán al otro día y le echarán la culpa a la bebida, restándome protagonismo para hacerse los valientes, cuando los vi temblar como una hoja.

Corría el año 1865. Yo era una adolescente de unos quince años, vivía con mis padres, cuando cierta noche alguien prendió fuego y arrojó por una de las ventanas una antorcha. De inmediato el fuego comenzó a esparcirse en pocos segundos. En ese momento no se hallaban mis padres en el lugar.

Me hallaba en mi habitación cosiendo ropa, cuando noté que el humo comenzó a ingresar. Rápidamente el fuego ingresó al lugar, el aire comenzó a faltarme, comencé a toser, intenté gritar y no pude. Las llamas me envolvieron, mis largos cabellos negros en segundos desaparecieron, quedando mi cabeza calva, mi rostro color rojo fuego, luego mi cuerpo ardiendo dentro de la pira que era mi habitación. Después, la nada.

El silencio, la oscuridad de una muerte horrible. Los vecinos apenas alcanzaron a apagar el incendio. Mis padres lloraban desconsolados.

Luego el velatorio a cajón cerrado, donde vi desfilar a todos mis familiares, amigos y conocidos. Al día siguiente me sepultaron en mi tumba.

Acabado el rito funerario, pasó no sé cuánto tiempo, cuando comencé a ver a los demonios que rondaban por el cementerio en busca de los descarriados para llevarlos al infierno.

Me topé con uno de ellos a la vuelta de un pasillo. Me miró y me dijo:

–Tú zafaste del abismo por tu muerte horrible, pero andarás penando por toda una eternidad. Ni siquiera tu ángel de la guarda pudo salvarte de tan horrible destino.

Una risa estridente llegó a mis oídos. Rápidamente salí corriendo de aquel sitio alejándome hacia la calle

Me propuse seriamente no volver más, ya que los demonios podía observarlos tan claramente que les tengo pavor, porque apenas cazan a un alma descarriada, le colocan un cepo y comienzan a castigarlo con látigos de fuego inextinguible, y profieren gritos de terror apenas las tiras de fuego toman contacto con el condenado.

Fue así que, después de aquella imagen de terror, comencé a deambular por las noches por las calles de barrio Güemes. Acercándome a los desprevenidos y borrachos, les mostraba mi rostro de color fuego y mi calva. Apenas me veían, salían corriendo como liebres despavoridas y, en algunos casos, caían al lecho

del arroyo. Minutos después se les pasaba el miedo o la borrachera, salían llenos de barro y, la verdad, que me daba gracia verlos. Me reía de ellos.

Cuando la luz del día aparecía me guarecía en las iglesias de la zona, terreno sagrado donde las sombras oscuras no andan, atento que andan de caza furtiva las veinticuatro horas del día en busca de sus presas.

La ciudad fue creciendo y con ella el progreso. Ya no deambulo tanto por las noches como al principio. Estoy recluida en el monasterio donde lloro mi pena infinita de no poder llegar al cielo.

Todavía he de penar por este purgatorio, vaya a saber cuánto tiempo, pero tengo la esperanza de que Tatá Dios algún día me deje cruzar el portal del cielo.

¡NOSTALGIA!

Por Zulai Yañez

El sol caribeño de Siquisique, aquel agosto era un abrazo sofocante, incluso al atardecer. Recuerdo el aire denso, cargado del aroma dulce y punzante de los mangos maduros y los mamones que vendían en cada esquina de la plaza Bolivar, los mangos de la abuela, como olvidar las jaleas que desde pequeña degustaba. Yo caminaba sin rumbo fijo, cabizbaja, somnolienta, la cabeza gacha, arrastrando una pena reciente, un adiós que me había dejado un nudo en el pecho, un adiós que había roto mi risa como cristal, quedando encrustada cada astilla cual si fuera diminutos granos de escarcha en el fondo del corazón; la sensación de que la vida se había vuelto un disco rayado me alejaba de realidad.

Me detuve frente a una pequeña librería de viejo, sus estantes desbordándose de historias olvidadas. El polvo bailaba en los rayos oblicuos del sol que se colaba por la puerta entreabierta. Un libro de lomo ajado, con letras doradas casi borradas, me llamó la atención. Lo saqué con cuidado y leí el título: "El Jardín de los Senderos que se Bifurcan". Nunca había oído hablar de él, pero sentí una punzada de curiosidad, una pequeña grieta en la muralla de mi tristeza.

Mientras hojeaba sus páginas amarillentas, un anciano de ojos vivaces y manos temblorosas se acercó. "Ah, Borges", dijo con una sonrisa nostálgica. "Un laberinto de palabras, ¿verdad? La vida misma." Empezamos a conversar, primero sobre el libro, luego sobre la vida, sobre las decisiones que tomamos y los caminos que dejamos atrás. Me contó historias de Caracas, de sus calles laberínticas y de cómo cada esquina guardaba un secreto, una posibilidad diferente.

Hablamos durante horas, hasta que la luz del día se desvaneció por completo y la librería quedó iluminada por una tenue bombilla. Me habló de la belleza de las despedidas, no como finales absolutos, sino como puntos de inflexión que abren nuevas sendas. Me dijo que a veces, lo que parece un final es solo el inicio de algo inesperado, un giro en el sendero que no habíamos previsto.

Me fui de la librería con el libro bajo el brazo y una sensación extraña, una mezcla de melancolía y una incipiente esperanza. Al doblar la esquina, vi un pequeño local de música en vivo del que salían las notas vibrantes de un cuatro. Me detuve en la puerta y escuché la melodía alegre y melancólica a la vez, tan propia de esta tierra.

Fue entonces, en medio del bullicio de la noche caraqueña, con el eco de las palabras del anciano resonando en mi mente y la música llenando el aire, que entendí. La despedida que tanto me dolía no era un punto final, sino una bifurcación en mi propio sendero. El encuentro casual con el librero, la lectura de Borges, la música en la calle... todo se había entrelazado para mostrarme que la vida, como un laberinto, siempre ofrece nuevas direcciones, giros inesperados que, aunque a veces duelan, nos llevan a lugares que nunca hubiéramos imaginado. El verdadero sentido de aquel adiós no estaba en la pérdida, sino en la apertura a un futuro aún desconocido, lleno de posibilidades latentes en cada esquina de esta vibrante ciudad.

EL CONFECCIONISTA

Por Esperanza Rejinfo

Mientras me decidía a contarte algo muy mío pensaba en el icónico Cali y el reflejo de su cultura y ritmo vibrante, ofreciendo experiencias únicas a visitantes como yo. Sin él no hay manera que ubiqué el encuentro entre la tradición y la experiencia cultural y todo lo que en sí representa este hermoso valle, pues con él aprendí a recorrer la sucursal del cielo de su mano, orgullosa de tenerle como mi persona favorita porque me hizo sentir verdaderamente en casa.

Digamos que es un modisto de pura sangre, de cuerpo delgado que deja sentir su pasión en cada puntada, reflejando su carácter inquebrantable a pesar de su cuerpo delgado y un comportamiento relajado. A ratos es un ser incoloro, y a veces gris que podría orinar agua helada. No es un fanático de las emociones fuertes ni de los problemas, a lo mejor tiene manías divertidas, pero tampoco es un rufián. Para el propósito de esta historia, lo llamaremos Jal. Siempre refugiado en el taller de su casa, en el tercer piso, desde donde no pierde detalles ni de su hogar, ni del mundo que ingresa por su ventana, donde la imaginación cobra vida al lado de la estantería de recipientes con botones, hilos, cremalleras, y mil objetos que llaman la atención de quienes hemos tenido el privilegio de ingresar a su lugar sagrado.

Casi siempre vestido solo con calzoncillos, está de pie en su taller frente a su mesa de trabajo con un lápiz sobre la oreja, que le sirve tanto para trazar diseños, como para escribir ideas y poemas con la radio encendida a volumen bajo; y la ducha al lado por si el día se torna infernal. Un hombre de pocas palabras y muchos versos, de esos que suele inhalar lentamente si está ansioso. . . A veces

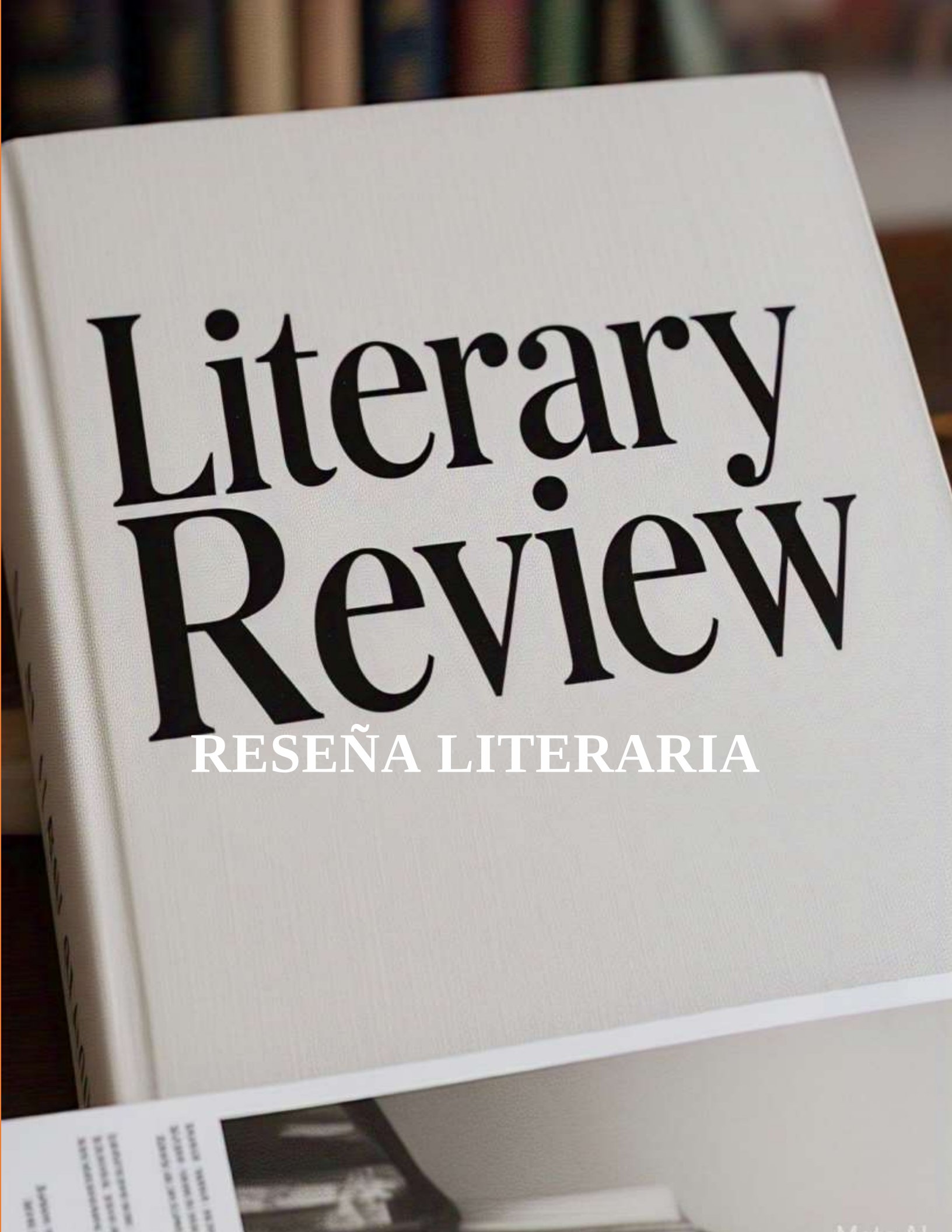
cierra lentamente su mano alrededor de algún frasco hacia él como si hiciese una cirugía, despacio, hasta dar con el frasco correcto en un traqueteo de broches como único sonido deliberado que podríamos escuchar en días de mucha tensión, o por el contrario un día lleno de risitas y confesiones si está de ánimo para hacerlo, y hasta de dar vueltas alrededor de su máquina de coser al son de un buen ritmo.

A simple vista, la sencillez de su torso desnudo contrasta con la pericia innata con la que suele dibujar bocetos de prendas para damas. Los anteojos sobre su rostro siempre ocultan su mirada penetrante y esos ojos que podrían brillar con una intensidad que deslumbra a cualquiera; sin perder de vista nada, mientras sus hábiles manos, maltratadas por el trabajo, guian cual cirujano la aguja sobre la tela, transformando bajo sus dedos un lienzo en un traje único, con cierto toque de elegancia y sofisticación; intentando portar un mensaje del estilo declarado. Siempre rodeado de maniquíes, telas y patrones que él mismo dibuja, crea y traza como el artesano creativo que es con buen ojo para la moda. A simple vista, parece un ser ordinario. Pero, al verlo dibujar podemos decir que es excelso. Y paciente a su modo. Sus ojos de piloto no pierden de vista nada.

En la cocina es un maestro gourmet capaz de elaborar desde los más sencillos potajes hasta los más elaborados platillos tradicionales. Desde donde inicia el mejor tour por la historia de su entorno con sofisticación y logística culinaria. Sin descuidar la delicadeza para con los suyos y el detalle de la cocción y mezcla adecuada de los ingredientes.

Los momentos más icónicos los viví a la hora del café. Siempre me sirvieron para saber cual era su estado de ánimo; tal es así que cuando le veía enrollar y desenrollar con gran energía una esquina de la servilleta sabía que se encontraba en una encrucijada, pues a veces se quedaba varios minutos después mirando un ventilador giratorio en el techo, como una manera subconsciente de desahogar algo de energía por el tiempo perdido en la toma del café, haciéndose pago con la servilleta, más aún si no se involucraba mucho en la conversación. Esa era señal evidente. Los momentos en los que hacía trizas el sobrecito de azúcar era su manera de exponer su incomodidad en señal de protesta por estar fuera de lugar, pues es de naturaleza introvertida e inquieta.

Mientras por su puerta y ventana ingresan ritmos, escenas de su folklore y cultura siempre vivas. Trajes coloridos confundiéndose con el ruido de la calle, bocinas del transporte público y ruido de gente transitando. Pregonando antojitos caleños, sin dejar atrás la vista arquitectónica de viejas casitas distintivas de una cultura vibrante, un espíritu comunitario fuerte, una oferta gastronómica a la vuelta de la esquina y esporádicos anuncios de eventos culturales en el parque de al lado. En esencia Jal es ese alguien que siempre me transporta a un lugar inolvidable que se enmarca en mis memorias, desde el reflejo de su propia personalidad y la Cali que llevo grabada por siempre en el corazón. Y ni qué decir de los paseos junto a él por las estrechas y coloridas callecitas en tardes o noches cuando el día es menos caliente.



RESEÑA LITERARIA

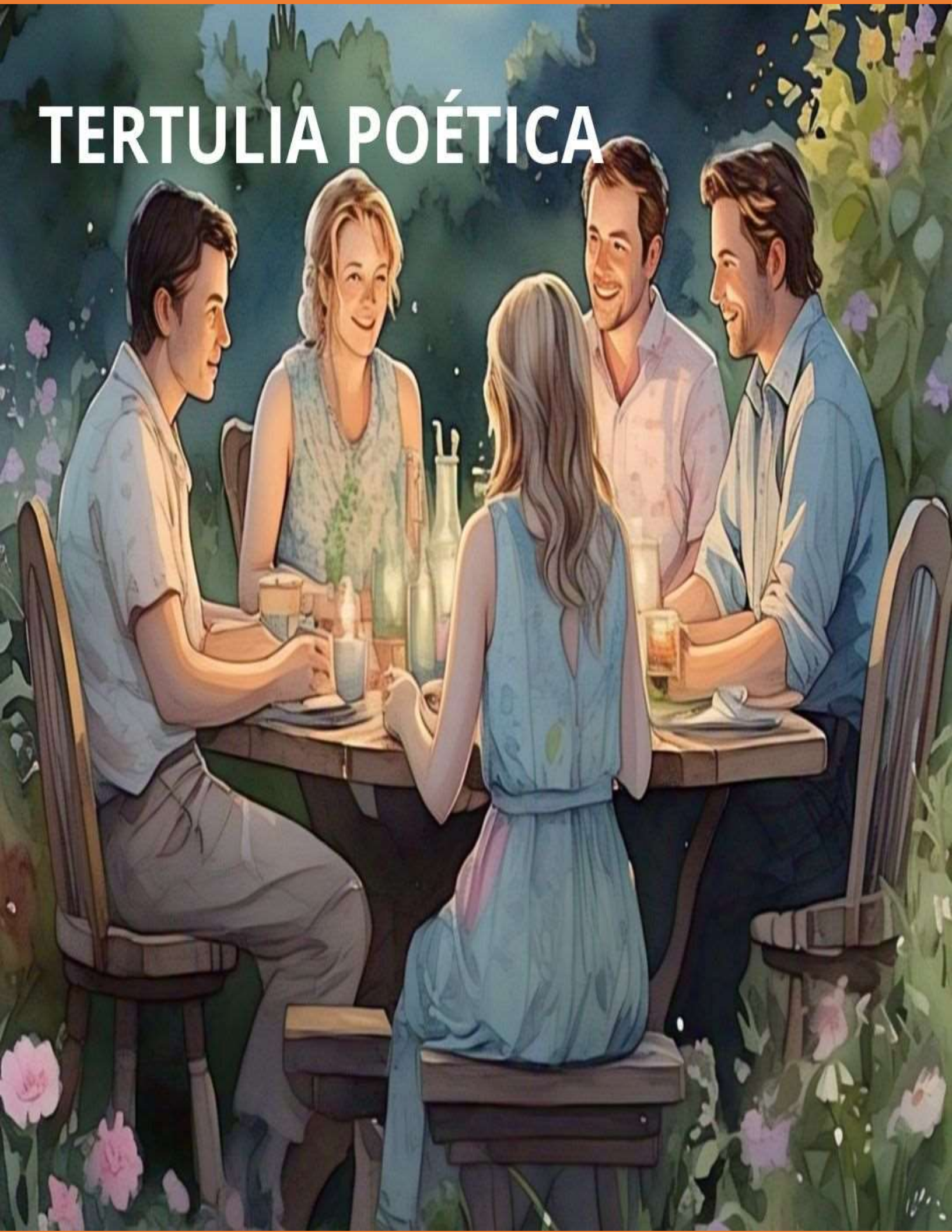
de Laura Esquivel

por: Naviru Shorno

«Como agua para chocolate» es una novela escrita por Laura Esquivel en 1989. La obra cuenta con 272 páginas y se puede catalogar como una novela de ficción histórica, que incorpora recetas gastronómicas mexicanas tradicionales y remedios caseros ancestrales.

Tita es la hija menor de una mujer mexicana con arraigadas costumbres, y como tal, no tiene derecho a casarse; está destinada a aprender todos los secretos de la cocina y a dedicar su vida entera a los fogones y al cuidado de su madre. Sin embargo, su corazón no está de acuerdo con estas imposiciones...

Realizar una crítica sobre este libro resulta difícil, ya que la estructura de la historia se apoya en un esqueleto compuesto por doce recetas. Si nos enfocamos únicamente en la trama, sin considerar lo mencionado anteriormente, encontramos que la narrativa presenta saltos temporales extraños, los personajes no experimentan una evolución orgánica, el ritmo del libro no es constante y los personajes carecen de profundidad para generar empatía. Todo resulta bastante caótico... Sin embargo, si obviamos estos aspectos (que no son pocos) y hacemos caso omiso a sus falencias, es posible disfrutar del libro, aunque surge el interrogante: ¿Será el lector capaz de hacerlo?


TERTULIA POÉTICA

LA HUMEDA CAVERNA

por: María Méndez

La húmeda caverna
Emana la fragancia,
que atrae al depredador.
Sigiloso avanza al encuentro.
Sucumbe en el néctar,
que lo embriaga.
El cetro espera la toma,
inclinada y sumisa.
Aferrada al derrame.
Dulce mirada,
de travesura enamorada.
Duerme la flor y el depredador,
después de hacer el amor.

HECHICERA

Por: Michel Perez Pino

Me rodeas con tu embrujo.
Apasionante,
enigmático…
Galopar delirante de aquelarres
sobre la luna roja de tu beso.
Sediento y cartomántico sabedor de futuros.
Transmutas vestiduras
tras el ritual mágico de la noche.
Eres espectro sediento
para beber mi audacia.
Eres oráculo,
lanzando al aire traviesas profecías.
Eres Morgana.
Arrebatando el sueño de mis druidas,
alejados del bosque de los robles.
Acaso serás Circe.
Cual Odiseo me sometes a tu isla
de brebajes eróticos,
para hacerme olvidar que el mundo existe.
Eres sacerdotisa sagrada
de alguna desconocida diosa del amor.
cábala de mis devociones,
Talismán de mis noches.
Elixir de mis labios.
Cántico oscuro de las pasiones.
Arderemos unidos en la hoguera,
ante la mirada

de aldeanos incrédulos.
Para juntarnos nuevamente
en las cenizas.
Seremos profecía inseparable,
Hechizo eterno

ARREBATO

por: Esperanza Rengifo

Óyeme hasta que zumbe en silencios, agrietando los huesos
de esta voz prisionera que sobresale de su aliento,
o la piel de los encuentros eclosione y reviente en arrebatos,
ardiendo en mi coraje; comulgando en esmero y porfía.

Obséquiame cordura al son del arrebato y la premura,
obviando el frío de los miedos al quemar los días,
entre pausas insumisas, humeando por pechos ingratos
que no entienden qué es un fruto maduro, indócil a golpe de ola.

Soy piedra indócil del acuario de la vida en cándido arrebato,
semilla que fue árbol, letra que palpita tu abecedario,
gota que fue lluvia, río, mar embravecido en espuma,
partícula errante que arrastra silencios desbocados sobre la arena.

Sostengo la ternura acosada y sin tonsura
de la rumorosa soledad de mi memoria y las ruinas del olvido,
que duermen y acampan en mi garganta,
desafiando mi confianza arrebatada en la tinta del suspiro.

Lo más hermoso que tengo me arrebata y vive en mis ganas,
como ansia viva imparable, o actitud inconsumible que me cautiva,
en la infinita poesía de la vida, alimentándome el alma
y exprimiendo la vida, cuando me den las ganas por donde vaya.

¿QUIÉN ESTARÁ CONMIGO?

por: Jade Nocturno

Al final del día, cuando el cuerpo se vuelva un eco seco, cuando el tiempo sea tan blando como una hoja seca, cuando mis manos tiemblen al nombrar mi historia,
¿Quién vendrá?
No con flores que no lloran. No con discursos vacíos.
No con besos de arsénico ni con abrazos de metal,
sino con presencia transparente como el cristal.
Cuando la noche fría empiece a filtrarse
por las grietas de mis huesos y el mundo se vuelva una habitación grande, ¿quién abrazará mi sombra?
¿Quién amará mis miedos?
Quizá nadie, quizá solo la soledad, quizá solo la oscuridad, quizá solo el frío, quizá el vacío.
Entonces la tierra será mi fiel amiga, la que me reciba en silencio, con respeto, con calidez y dulzura.

MUJERES: ARTIFICES DE LA LITERATURA

MUJERES EN LA LITERATURA

Por: María Isabel Méndez

¿Y si hablamos de amor en un encuentro en la cocina?

Bien dicho aquél dicho que dice: "El amor entra por la cocina"

Pastel de "dime que se puede"

5 gr de ingenuidad

10 gr de sencillez

10 gr de espontaneidad

20 gr de sinceridad

5 gr de imperfección

50 gr de comunicación

Nota: para obtener una buena relación es importante al 100 % tener las ganas. Puede variar la cantidad de ingredientes según el gusto de los participantes. Como también pueden usar otros elementos según vayan probando la preparación, para así disfrutar de un buen pastel.

(He aquí mi intento de cocina – ficción)

El Heraldo se complace en presentar en nuestra sección del mes de septiembre a:

Laura Esquivel.

Escritora del género cocina- ficción, galardonada por varias de sus obras. Recibiendo reconocimientos a nivel internacional. entre ellos destaca su obra colosal: "Como agua para chocolate" la cual la catapultó, llevándola a la consagración como escritora. Dicha novela fue llevada a la gran pantalla, traducida a más de 30 idiomas. Vendió millones de copias.

Mexicana de nacimiento, el día 30 de Septiembre de 1950. Escritora, guionista, novelista, educadora infantil, estudiante de teatro.

Sus letras extraordinariamente bien formuladas para crear cada libro que ha salido a la luz, nos dejan ver la creatividad para vivir el luto, hacer reír, llorar y suspirar en cada párrafo. Su exquisito repertorio de palabras bien estructuradas con la idiosincrasia hacen maravillas en su narrativa. Llevando de manera instantánea al escenario que describe sin mayor esfuerzo y dejando al público lector queriendo saberla más.

Entre sus obras encontramos:

- Intimas suculencias

- A lupita le gustaba planchar
- El libro de las emociones
- Tan veloz como el deseo
- Mi negro pasado
- Estrellita marinera

Lleva tatuado en su carrera literaria la satisfacción de haber despertado sentimientos y emociones en sus lectores. Su estilo singular de conjugar la cocina con el amor, es una mezcla interesante y cautivadora desde las primeras líneas.

MISTERIO EN LA
LUNA

Capítulo 4: BAJO LA MISMA LUNA

Por Yari Morales

Sabía que estaba por descubrir algo, o eso pensaba. Sin embargo, ¿a costa de qué? ¿Qué precio tendría que pagar por haberse metido en esto?

Aquel día, en su casa, los libros estaban tirados en el piso; luego, la llamada de que en la biblioteca había pasado algo parecido y, más tarde, en el laboratorio.

—¿Qué pasa con los libros? —se preguntaba—. ¿Acaso no quieren que se sepa algo? ¿Qué tienen en común los libros de mi casa con los del trabajo? ¿Será acaso que el libro que tengo en común con la biblioteca tiene alguna conexión especial? Ese día fue tan extraña la forma en que el libro se abrió como si me estuviera queriendo decirme algo.

Samuel pasó todo la mañana tirado en su cama, pensando, tratando de llegar a conclusiones coherentes. Afuera, el día estaba hermoso. Los rayos del sol se colaban por la ventana de cristal que daba paso al patio trasero de la casa. Los árboles bailaban al son que les tocaba el viento y los pájaros entonaban sus mejores trinos.

Al darse cuenta del hermoso día que hacía, salió al patio junto a su fiel compañero, su perro. Respiró, buscando llenarse de la energía que el oxígeno le daba a su cerebro para tratar de comprender todo.

Se sentó en una silla de mimbre que tenía en el patio y comenzó a buscar en su celular algo que le sirviera para entender un poco lo que estaba pasando. Encontró un video donde se hablaba de los hombres que habían alunizado. Le sorprendió el hecho de que a cada uno de estos astronautas se les diagnosticó con el “síndrome del hombre de la Luna”, un concepto que se destacó tras los sucesos de estos astronautas para poner de manifiesto el abismo frecuente entre la capacidad del hombre para hacer cosas extraordinarias y su torpeza o impotencia para resolver problemas simples de la vida cotidiana.

Luego buscó noticias que hablaran sobre este tema y comenzó a leerlas. Samuel estuvo casi dos horas investigando. Estaba obsesionado con los misterios de la Luna. Cada noche, cuando regresaba del trabajo, se quedaba en el patio a contemplarla. La Luna unas veces completa, otras a medias o escondida. Así era él: al igual que la Luna, quería dar lo mejor de sí, brillar, iluminar, pero a veces quería estar solo, a oscuras.

Un hombre de treinta y cinco años, inmigrante y solo. Sin familia, esposa ni hijos. Solo había tenido una experiencia romántica en su vida, y no funcionó. Por eso, tantas noches deseó estar como la Luna: fuera de este mundo.

A pesar de trabajar en la base como empleado de mantenimiento, Samuel era un estudioso de la ciencia. Poseía un bachillerato en Física y una maestría en Ingeniería Aeroespacial; sin embargo, nunca lo consideraron para un trabajo por no tener experiencia y no dominar el inglés.

Continuó buscando información en su celular y leyó sobre el misterio del magnetismo en las rocas lunares.

—Interesante —pensó—, pero también es un misterio, porque la Luna no debería tener un campo magnético fuerte.

Eran las doce del mediodía y Samuel decidió salir un rato, así que se fue al centro histórico de su ciudad. Pensó que sería buena idea pasar un rato en medio de la naturaleza y leer. Así que se llevó su libro, aquel misterioso libro que no había podido terminar de leer.

Al llegar, notó que no había mucha gente y pudo entrar a caminar. El centro histórico era un lugar lleno de paz. Su exuberante naturaleza, la armonía y las piedras misteriosas talladas por los indios a la entrada, les daban la bienvenida a los visitantes. Era como entrar al pulmón del pueblo. Árboles majestuosos centenarios y las veredas hermosas hacían de este un paraíso en la ciudad. Una casa antigua era parte del centro y en esta, se contaba la historia de nuestra gente de principios de siglo.

Caminó por las veredas y llegó al lago: un manto de agua cristalina donde las tortugas eran las protagonistas del espectáculo. Aves sonoras iban y venían, alegrando el lugar, llenándolo de paz y tranquilidad.

Samuel se sentó en un banco de madera que estaba en un rancho frente al lago, un lugar que invitaba a la meditación. No había nadie, salvo una mujer joven que leía. Tenía el cabello largo y muy negro, la piel levemente bronceada por el sol. Llevaba una identificación que colgaba de su chaqueta. Samuel alcanzó a ver que su nombre era Elena Jiménez. La miraba con disimulo. Ella le llamó la atención, pues era muy hermosa; pero lo que más le sorprendió fue verla leyendo un libro: el mismo libro que él leía, el mismo que se mantuvo abierto en la biblioteca. ¡No puede ser!, se dijo. A su lado tenía una libreta con la cual hacía anotaciones de vez en cuando.

—¡Qué increíble! Diría que este libro me persigue —pensó.

Estaba loco por hablar con ella y preguntarle qué hacía con ese libro y por qué estaba tan interesada en él.

La muchacha se dio cuenta de cuánto la miraba Samuel y, volteando hacia él, le sonrió y le dijo:

—Hola, por cómo me miras siento que te llamó la atención mi libro. Soy Elena Jiménez, gusto en conocerte. ¿Cuál es tu nombre?

—Samuel —respondió tímidamente, como si las palabras no le salieran.

—Veo que te gusta este lugar, al igual que a mí. ¿Vienes muy seguido?

—En realidad no. Solo hoy.

—¿Es tu día libre? —dijo Elena, tratando de interesarse en él.

—Sí, me dieron unos días —dijo mientras miraba el libro.

—Veo que te atrajo mi libro.

—Solo me sorprendió que fuera el mismo libro que estoy leyendo.

—Leer es mi pasión, pero a veces en mi casa no puedo concentrarme y vengo aquí. Este lugar me transmite paz y siento que leo más —dijo ella, sonriendo.

—¿Qué te ha llamado la atención de ese libro? —preguntó Samuel, tratando de indagar si, al igual que a él, a ella le habían ocurrido cosas extrañas.

—Es un libro muy interesante y me hace querer saber más. Verás, Samuel, siempre he sido fanática de todo lo que tenga que ver con la Luna. Desde la experiencia de los doce hombres que pisaron suelo lunar, a mí me llamó mucho la atención cómo ellos terminaron. Cada uno con una vida extraña. Es como si su perspectiva del mundo hubiera cambiado por completo.

Samuel estaba encantado con esa conversación. Esa hermosa mujer pensaba exactamente lo mismo que él.

—¿A qué te dedicas, Elena? —preguntó Samuel, queriendo conocer más de aquella extraña, pero cautivadora mujer.

—Trabajo en una base científica, aquí en la ciudad. Soy astrobióloga.

—¿Astrobióloga? —repitió, interesado.

—Verás, los astrobiólogos estudiamos el origen, la evolución, la distribución y el futuro de la vida en el universo. Nos enfocamos en comprender las condiciones bajo las cuales la vida puede existir en otros planetas y lunas, así como en buscar signos de vida extraterrestre.

—¿Piensas que existe vida extraterrestre? —preguntó con evidente curiosidad.

—No lo creo, estoy segura de ello —dijo con firmeza—. ¿Y tú lo crees?

—Ya no sé qué pensar —respondió Samuel—. Es extraño y fascinante pensar en eso.

Elena notó que Samuel sabía bastante del tema y le encantaba que se interesara por lo que para ella era una pasión. Nunca nadie se había mostrado tan atento a los temas que a ella le gustaban.

—Por cómo me estás hablando, puedo inferir que sabes mucho de ciencias.

—Estudié Física e hice una maestría en Ingeniería Aeroespacial; sin embargo, nunca he ejercido como tal —dijo como si eso lo avergonzara un poco.

—Sabía desde que te vi que eras alguien que sabía de estos temas. ¿Por qué nunca has ejercido, si eres muy inteligente y preparado?

—Por no saber inglés. Quizás hasta por ser latino —dijo con un dejo de frustración en sus palabras.

—¿Y qué estás haciendo al respecto?

—No entiendo tu pregunta.

—¿Estás estudiando inglés?

—No, precisamente.

—Samuel, al igual que tú, soy latina. Pero me he esforzado por aprender y superarme cada día. No creas que para mí fue fácil conseguir este trabajo. También he pasado por lo mismo, pero me esforcé, aprendí inglés y no me rendí. Estoy segura de que tú también puedes hacerlo. Yo te voy a ayudar.

—Gracias, Elena. Creo que necesitaba alguien que me hablara como tú.

Elena miró su reloj. Ya la tarde caía en colores rosados mezclados con amarillo y azul.

—Es tarde y pronto anochecerá —dijo, sacando una tarjeta de su cartera y entregándosela a Samuel—. Esta es mi tarjeta. Llámame. Estaré encantada de seguir conversando contigo.

Samuel miró la tarjeta. Trabajaba en su misma base; sin embargo, no le dijo nada. Caminaron juntos por las hermosas veredas verdes y contemplaron un espectáculo en el cielo de colores que anunciaban el final del día. La Luna comenzaba a asomarse.

—Mírala, Samuel, qué hermosa es.

—Sí, demasiado hermosa —dijo, mirándola a los ojos, hipnotizado ante la belleza de Elena.

Elena también se sintió atraída por Samuel. La Luna parecía ser cómplice de esta enigmática atracción.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó Samuel.

—Tengo que ir a trabajar temprano, pero salgo a las cinco —dijo animada.

—¿Quieres…? —no terminó de decir, cuando Elena ya había contestado:

—Sí, estaría encantada —dijo.

—¿Te recojo en la base?

—Sí —contestó algo emocionada.

Samuel la acompañó a su carro. Se despidió de ella sintiendo que tenía ante sí a la mujer de su vida. Pero eso era algo que tendría que saber con el tiempo.

La noche comenzaba a arroparlo todo con su oscuridad y misterio. La Luna se imponía en medio de las estrellas. Samuel se subió a su carro con su libro en mano y la certeza de que mejores días estarían por ocurrir o, al menos, eso creía. Aunque lo cierto era que esa noche su encuentro con Elena no había sido casualidad, sino parte del misterio que lo había elegido desde el día que abrió aquella carta.

Copyright © 2025 Reino Olvidado Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina